

los vistosos bergantines  
en la honda cuenca dejaron.

Buscó luego entre los suyos  
hombres de mar don Hernando,  
gentes que fueran nacidas  
en Triana, Moguer ó Palos  
y mandóles que remasen  
por más que fueran hidalgos.  
Y diéronse así á las velas  
con pompa las nuevas naos,  
con banderas, estandartes,  
flechas, macanas y arcos,  
entre vivas estruendosos  
á los reyes castellanos,  
que lombardas y arcabuces  
con las salvas saludaron.

Las ondas claras y tibias  
del virgen hermoso lago  
se estremecieron sintiendo  
los bergantines hispanos,  
y las gotas que en las quillas  
como lágrimas temblaron  
eran la expresión del duelo  
de un imperio conquistado.

Al ver los trece bajeles  
sobre las aguas surcando  
con las jarcias y el velamen  
que Cortés consigo trajo,  
cuentan veraces testigos  
que el conquistador ufano  
le dijo así á Martín López  
estrechándolo en sus brazos :  
« Os deberé la victoria,  
porque vos me habéis salvado  
negando toda defensa  
á los reyes mejicanos ».

## III

De tan memorables hechos  
transcurridos unos años,  
solo vivió Martín López  
en un solar apartado ;  
mirábanle con respeto  
por ser hombre de trabajo  
y porque no trató nunca  
á los indios como esclavos.  
Algunos de los caciques  
que lo encontraban al paso  
murmuraban con tristeza  
en sus desgracias pensando :  
« Sin tan hábil marinero  
Cortés no hubiera ganado,  
que más que los arcabuces,  
las lanzas y los caballos  
el triste fin del imperio  
López logró con sus barcos ».  
El marinero ausentóse,  
pero jamás lo olvidaron,  
que al sitio donde habitara  
sin honores y sin rangos  
bautizaron con su nombre  
los propios y los extraños.

## LA PRINCESA AZTECA

LEYENDA DE LA ALBERCA DE CHAPULTEPEC

—  
 A LA INSPIRADA POETISA Y VIRTUOSA SEÑORA  
 ÁNGELA G. DE ALCALDE  
 —

El bosque centenario  
 en sus antros encierra  
 ese silencio eterno que acompaña  
 á las salvajes pompas de la América.

En el espeso toldo  
 que al sol el paso niega,  
 los cenzontles que cantan en las noches,  
 de rama en rama sin zozobras vuelan.

Y el cardenal errante,  
 y el colibrí de seda,  
 al beso de las tibias alboradas,  
 dando celos al iris, juguetean.

De las copas más altas,  
 como argentadas hebras,  
 las canas de los viejos ahuehuetes  
 dan á los vientos sus robustas crenchas.

Y revistiendo el tronco  
 de secular corteza,

matizando sus troncos de esmeralda,  
 se abre á la luz la trepadora hiedra.

Tapiza el suelo un musgo  
 que ni el verano seca,  
 donde recoge el aire en las mañanas  
 un sempiterno olor á flores nuevas.

El bosque centenario  
 en su extensión inmensa  
 repercute en las tardes los acentos  
 más dulces de los cánticos aztecas.

Las voces de una raza  
 peregrina y guerrera  
 que va dejando con su sangre hirviente  
 de su incesante caminar las huellas.

Y vagan esas notas  
 dulcísimas y tiernas,  
 enseñando á los pájaros salvajes  
 tristes y melancólicas cadencias.

Las repite el cenzontle  
 en la noche serena,  
 cuando la luna en el azul espacio  
 el heno de los árboles platea.

Las dice la calandria,  
 el clarín las remeda,  
 y en las tardes de mayo los jilgueros  
 trovan los himnos de su amor con ellas.

Y cuando en tristes horas  
 de lluvia y de tinieblas  
 la tempestad su carro de relámpagos  
 sobre los viejos árboles pasea,

y con ojos de llamas  
 la lechuza agorera  
 predice la catástrofe y la muerte  
 como alada Sibila de la selva,

cuando los vientos rugen,  
cuando los troncos tiemblan  
y cual cinta de lumbre en negro abismo  
el rayo retumbando culebrea,

en el fondo del bosque,  
rasgando las tinieblas,  
se oye una voz dulcísima y doliente  
que canta melancólicas endechas.

Son las notas de una arpa  
de misteriosas cuerdas  
en que surgen estrofas no aprendidas  
cuando calla el placer y hablan las penas.

Las extrañas canciones  
entre la sombra vuelan,  
mezclándose del viento á los rugidos  
y al sordo rebramar de la tormenta.

Vagan en el ramaje,  
cruzan por la maleza,  
y el paso no les corta la falange  
de sabinos cual mudos centinelas.

Se extienden en los lagos  
de superficie tersa  
donde crecen los juncos cimbradores  
y sus corolas abren las ninfeas.

Cruzan por los maizales  
cuyas cañas estelatas  
sus hinchadas espigas, á las lluvias,  
levantan á los cielos en ofrenda.

¿Quién canta esas canciones?  
¿Quién dice esas endechas,  
que ya traspuesto el sol y quieto el mundo  
repiten los cenizales en la selva?

¿De qué garganta brotan?  
¿Quién delira con ellas,

y en la imponente majestad del bosque  
en tristes horas las eleva?

Mirad, hay en el fondo,  
tras la enramada espesa,  
dominando los altos ahuehuetes  
una montaña de verdor cubierta.

La mano de un gigante  
amontonó sus piedras,  
sobre las cuales fabricó un palacio,  
para propio solaz, un rey azteca.

Son espesos sus muros,  
angostas son sus puertas,  
y parece, mirado desde lejos,  
vetusta cripta en la extensión desierta.

Pega el nopal al muro  
sus espinosas pencas,  
y como cenicientos obeliscos  
los órganos tristes lo cercan.

No tiene escudo noble  
tan rara fortaleza,  
ni levadizo puente, ni ancho foso,  
ni rastrillo, ni glacis, ni poterna.

No guarda férreos cascos,  
ni lanzas, ni rodela,  
ni resonó jamás en sus salones  
la armadura brutal de la Edad Media.

Los señores que ha visto  
esgrimen arco y flecha,  
llevan al combatir desnudo el seno  
y adornada con plumas la cabeza.

Obscuros son sus ojos,  
sus cabelleras negras,  
su cutis, siempre al sol, color de trigo,  
sencillas sus costumbres y su lengua.

En tan triste palacio  
con sus damas se hospeda  
siempre sola, llorosa y resignada,  
como un lirio con alma, una princesa.

Y vive sin que nadie  
á visitarla venga,  
que por rencor y celos y venganza  
víctima del amor allí la encierran.

Amó, cual amar saben  
en su raza, en su tierra,  
las mujeres que encienden sus pupilas  
con la del alma inextinguible hoguera,

Un hermano celoso  
de su pasión intensa,  
mató al indio bizarro que formaba  
el culto terrenal de la doncella.

Y entonces con la rabia  
que electriza á las fieras,  
cuando el artero cazador destroza  
al cachorro que esconden en la cueva,

ella tomó en sus manos  
la macana de piedra  
y castigó á su hermano con un golpe  
que bien pudo arrancarle la existencia.

El padre, como ejemplo,  
como justa sentencia  
la alejó de su lado y encerróla  
del viejo bosque en la mansión severa.

Y allí con la alborada,  
cuando la luz despierta,  
cuando en todas las ramas hay cantares  
y alza un himno de amor toda la selva,  
cuando se abren las flores  
y en sus corolas tiemblan

los pintados y errantes *chupamirtos*  
que de sabrosas mieles se alimentan,

se ve como descende  
por las abruptas peñas,  
envuelta en un mantón de blancas plumas,  
seguida de sus damas, la princesa.

Siempre al pisar el bosque  
toma la misma senda,  
para buscar el sitio apetecido  
en que el placer y la delicia encuentra.

Allá, bajo las ramas  
más verdes, más espesas,  
y donde en haces de colores vivos  
el sol naciente sus fulgores quiebra,

engastada en el musgo  
cual líquida turquesa,  
convidando á la vida y al deleite,  
espejo del follaje, está la alberca.

El manantial fecundo  
al fondo borbotea,  
sin que nadie perciba sus rumores  
ni la quietud perturbe de la selva.

Dicen que cuando alguno  
se posa en sus arenas,  
queda encantado y con extraña forma,  
y el que á buscarlo va, jamás lo encuentra.

Por eso todos temen,  
y aun los hombres recelan,  
sumergirse en las ondas cristalinas  
de una agua tan azul y tan serena.

Sólo la hermosa joven,  
cuando á los bordes llega,  
fija en el manantial una mirada  
que es la viva expresión de una promesa.

Deja el manto de plumas,  
sus cabellos destrenza,  
y á las caricias púdicas del agua,  
dando tregua al dolor, feliz se entrega.

Y miranse en las ondas  
las formas hechiceras,  
deslizarse flotantes y tranquilas  
como la flor que la corriente lleva.

Si el bello busto asoma,  
sobre los senos ruedan  
las gotas transparentes y brillantes  
como si fuesen lágrimas ó perlas.

Y cuando el cuerpo airoso  
quieto flotando queda,  
parece que el cristal azul y terso,  
enamorado sus contornos besa.

Semeja blanca ondina,  
ruborosa sirena,  
que con un beso, el sol americano  
quemó su piel y la tornó trigüeña.

¿Oís? cantan muy dulce  
las aves de la selva,  
las brisas no estremecen el ramaje,  
ni el heno gris en los sabinos tiembla.

El aire está suspenso,  
ningún rumor se eleva,  
porque en el viejo bosque centenario  
juega desnuda la gentil doncella.

Salta un instante al borde  
de la azulosa terma,  
y los encantos que la dió natura  
sin velo encubridor al aire muestra.

Y escúchase de pronto  
un grito de sorpresa,

cual lo lanzara el que soñó en un cielo  
y al fin, sin esperarlo, lo contempla.

Por el vetusto bosque,  
el grito aquel resuena,  
y levanta los ojos espantados  
la ninfa que en las aguas se refleja.

Y sin tino, temblando,  
pálida, como muerta,  
descubre entre las ramas de un sabino  
de un ser desconocido la cabeza.

Es un amante osado,  
es un guerrero azteca  
que adora á la doncella y la persigue,  
y hoy en su virgen desnudez la acecha.

Sin conceder más tiempo  
de que sus formas vea,  
herida en su pudor la altiva joven  
se sumerge en el agua con violencia.

Y al manantial descende  
y toca sus arenas,  
y se pierde á los ojos de sus damas  
y el guerrero la busca y no la encuentra.

Cruzaron varios soles  
por la azulada esfera,  
y nadie supo el postrimer destino  
de aquella humana y púdica azucena.

Que allí quedó encantada  
refieren las leyendas,  
y que al mediar los soles y las lunas  
flota sobre la líquida turquesa.

Su nombre ignoran todos,  
nadie ignora sus penas,  
y quedan de sus gracias como espejo  
los movibles cristales de la alberca.

## LOS REBELDES

## I

Hijo de Juana de Zúñiga  
y de Cortés don Hernando,  
era don Martín un hombre  
por su abolengo, de rango.  
Nacido en la Nueva España,  
fué de muy joven llevado  
á la Península, en donde  
llenó distintos encargos.  
Al rey Felipe Segundo  
sirvió como buen soldado  
en la campaña de Flandes  
portándose activo y bravo.  
En San Quintín encontróse  
y acompañó al soberano  
cuando éste fué á Inglaterra  
para tomar nuevo estado.

Heredó el título noble  
que á su padre le otorgaron  
con las concesiones hechas  
de sus servicios en pago.  
Y fué su mayor orgullo  
llamarse entre los más altos  
segundo marqués del Valle  
en los reinos conquistados.

Enamoróse en España  
y unióse en eternos lazos  
á la hechicera doña Ana  
de Ramírez de Arellano.

Quiso volver á la tierra  
do brilló su padre tanto  
y donde alumbró su cuna  
un sol que no tuvo ocaso.  
Y después que sus negocios  
dejó allá bien arreglados,  
cruzó los mares y vino  
á vivir en su palacio.

Eran cuantiosos sus bienes,  
pues dió el rey á don Hernando  
por propias veintidós villas  
por feudo del marquesado,  
percibiendo los tributos  
de veintitrés mil vasallos  
y los diezmos y primicias  
de siembras y de ganados.

Sus personales servicios  
dábanle los tributarios,  
y él á su antojo nombraba  
los jueces y los empleados,  
gozando asimismo y siempre  
del patronato eclesiástico.

Del monarca Moctezuma  
las dos casas le quedaron  
á don Martín, y las tuvo  
con otros solares vastos.

Cuando arribó nuevamente  
al suelo que amaba tanto,  
vivió, más que con holgura,  
con un lujo inusitado.  
Mirábasele en la calle

siempre que salió á caballo,  
 ir, en señal de grandeza,  
 por un paje acompañado.  
 Iba el tal paje cubierto  
 con la celada y el casco,  
 lanza con funda en el hierro  
 enarbolada llevando  
 Las gentes murmuradoras  
 al ver tan gran aparato,  
 que usaba el marqués, dijeron :  
 « ¡ Guión de rey siendo vasallo ! »

Don Martín era orgulloso  
 y muy esquivo en su trato;  
 eran pocos sus amigos  
 y todos ellos muy altos.  
 Contaba entre todos éstos  
 al virrey Luis de Velasco  
 y á su hijo Luis, que más tarde  
 llegó á ejercer igual cargo.

La amistad entre los grandes  
 es planta de fruto amargo,  
 que deja á quien la cultiva  
 tristezas y desengaños.  
 Don Luis y el marqués del Valle  
 poco de amigos duraron,  
 que el Virrey representaba  
 donde quiera al soberano,  
 y el marqués siempre se tuvo  
 por el más noble y más alto  
 de cuantos hubo en el reino  
 por su padre conquistado.

Después de ser tan amigos  
 á odiarse los dos llegaron,  
 á peripecias extrañas  
 germen con sus odios dando.

El marqués construyó un sello

para su propio despacho,  
 con la corona, las armas  
 y el lema del mayorazgo.  
 Y por ser grande y hermoso  
 tuviéronlo á desacato,  
 y dijo el Virrey que á un noble  
 no era permitido usarlo,  
 y en su poder lo retuvo;  
 el Marqués hizo reclamos,  
 y hecha la consulta á España,  
 fué don Martín desairado.  
 En otra vez, á la entrada  
 solemne del grave y apto  
 visitador Valderrama,  
 á don Martín invitaron  
 para ir con ellos á verle  
 los poderosos Velasco.  
 Rehusó el Marqués el convite,  
 y con el paje y caballo,  
 fué, antes que nadie, á ponerse  
 del visitador al lado.  
 Cuando don Luis lo hubo visto,  
 al punto dió este mandato :  
 que por asistir la Audiencia  
 con su estandarte á tal acto,  
 ninguno llevara insignias,  
 fuese cual fuese su rango.  
 Y mandó inmediatamente  
 á Turcios, su secretario,  
 dijera al marqués del Valle  
 que el paje estaba sobrando.  
 Don Martín, ardiendo en ira,  
 no consintió en retirarlo;  
 quiso el Virrey mandar gente  
 que su orden llevase á cabo,  
 medió entonces Valderrama  
 y por no ofender á entrambos,

púsose á distancia el paje  
y así terminó el escándalo.

Don Martín y Valderrama  
á poco que se trataron,  
hiciéronse amigos íntimos,  
lo cual disgustó á Velasco.

Era el Virrey bondadoso  
y de los indios amparo,  
y miró como injusticia  
que el prócer recién llegado  
les duplicara el tributo  
sus penurias aumentando.

Los crueles encomenderos  
á don Martín adularon,  
formáronle gran partido,  
él los protegió magnánimo,  
y cuando llegó á saberse  
que, según lo ya anunciado,  
al cesar las encomiendas  
iban á perder sus cargos,  
juntáronse y decidieron,  
por el Marqués apoyados,  
como una gracia debida  
alcanzar del soberano,  
no sólo tener sus puestos,  
sino también perpetuarlos,  
haciendo el repartimiento  
perpetuo entre los vasallos.

Con permiso de la Audiencia  
una junta celebraron,  
y en el cuatro de febrero  
del año sesenta y cuatro  
del siglo décimo sexto,  
don Francisco de Velasco  
y don Gonzalo Cerezo,  
don Rodrigo Maldonado

y Gonzalo de las Casas,  
en nombre de los aliados,  
presentáronse al Cabildo,  
su plan le comunicaron,  
lo aceptó el Ayuntamiento  
y nombró con poder amplio  
para asistir á su nombre  
á un regidor afamado,  
á Alonso de Avila, un joven  
rico, elegante, simpático,  
y que entonces no contaba  
de vida veinticinco años.

Con él, que á todos rendía  
por su cultura y su trato,  
y con otro, igual en prendas  
aunque serio y recatado,  
entonces encomendero;  
Con Gil González su hermano,  
hizo el Marqués amistades,  
asombro á todos causando  
que se cambiasen visitas  
y el Marqués en su Palacio  
les diera asiento en su mesa  
tratándoles mano á mano.

El Virrey muy ofendido,  
quejóse á la Corte en tanto  
del proceder del magnate;  
al rey Felipe informando  
de que en las cuentas del libro  
de tasas, estaba claro  
que los sesenta mil indios  
en pueblos del Marquesado,  
muy cerca de cien mil duros  
de renta daban al año,  
excediendo por lo mismo  
las rentas y el vecindario

*Triste  
Amor*

á las concesiones hechas  
 en un tiempo á don Hernando.  
 El Virrey falleció á poco  
 sin saber el resultado ;  
 heredó don Luis el odio  
 y el resentimiento amargo  
 que al Marqués tuvo su padre,  
 y entonces ejerció el mando  
 de la colonia, la Audiencia,  
 compuesta de tres togados :  
 de Villalobos, Orozco  
 y Ceinos como decano.

Y así al transcurrir el tiempo,  
 formáronse varios bandos,  
 que nunca los militares  
 de togas hicieron caso,  
 y hubo noche que en la calle  
 y con las capas al brazo  
 riñeran á cuchilladas  
 los jóvenes de más rango :  
 los hermanos Bocanegra  
 y Córdoba don Hernando,  
 con Alonso de Cervantes,  
 Valdivieso y otros varios :  
 se acometieron tan fuerte  
 que, herido por un costado,  
 cayó Cervantes al suelo,  
 sin que de tan gran escándalo  
 para darle un buen castigo  
 la Audiencia se hiciera cargo.

Defendió á los Bocanegra  
 don Martín con entusiasmo,  
 sus estrechas relaciones  
 con Valdivieso quebrando,  
 pues era Guiomar, su hermana,  
 por cierto en beldad un astro,

la compañera y esposa  
 de don Luis Cortés, su hermano.  
 Cuando por aquellos tiempos,  
 iba, ya á pie, ya á caballo,  
 don Martín por estas calles,  
 cuantos le hallaban al paso  
 iban con gusto á dejarle  
 hasta entrar en su palacio.  
 ¡ Ay de aquel que se negara  
 á tal costumbre ! ¡ En el acto  
 le reclamaban la injuria  
 tenida por desacato !

Halló al Marqués una tarde  
 el señor don Juan de Sámano,  
 alguacil mayor, persona  
 de talento y fino trato.  
 Quitóse la gorra al punto  
 y siguió luego de largo,  
 imitándose su ejemplo  
 por distintos cortesanos,  
 á los cuales los amigos  
 del Marqués amenazaron  
 con darles públicamente  
 de cuchilladas y palos.

Á la sazón los disgustos  
 vinieron á ser más agrios,  
 pues en la flota de España  
 que á Veracruz llegó, al mando  
 de don Pedro de las Roelas,  
 se dijo que había llegado  
 cédula del rey Felipe,  
 previniendo el soberano,  
 que « de la segunda vida  
 la encomienda no halle paso »,  
 privándose así á los nietos  
 de conquistadores bravos,

disfrutar todos los gajes  
que sus abuelos lograron.

Tanto ofendió la noticia,  
fué tan grande el desagrado  
que á tantos encomenderos  
con anunciarlo causaron,  
que en las plazas y las calles  
hablábase sin reparo  
de que era el rey muy injusto,  
que los derechos más santos  
atacaba sin prudencia;  
que todo estaba agotado,  
y que tras tantas fatigas,  
se encontraban en el caso  
de recurrir á la fuerza  
para poner la honra en salvo.  
Éran muchos los dispuestos  
á comprometer su brazo,  
sus haciendas y sus vidas,  
pero ninguno tan apto  
para encabezar á todos,  
pues todo podía arriesgarlo  
por tal de salvarlo todo,  
como el poderoso y alto  
y noble marqués del Valle,  
hijo de aquel don Hernando,  
cuya espada dió un imperio  
poderoso al rey don Carlos.  
Y tan graves argumentos  
y racionios tan claros,  
antes de que cierto fuera,  
el pueblo, que siempre es sabio,  
designó al bravo magnate  
jefe de los conjurados.

## II

Hay regocijos y fiestas  
dentro de la regia casa  
que ocupa el marqués del Valle  
á quien nadie en noble gana.

Llenan el extenso patio  
en torno de Alonso de Avila  
veinticuatro caballeros  
con numerosa comparsa.

Vienen todos disfrazados  
como señores de Anáhuac,  
y el papel de Moctezuma  
hace Alonso en aquel drama.

Representan la primera,  
triumfal y solemne entrada  
á la ciudad de los lagos  
de las tropas castellanas.

Á Hernán Cortés, reproduce  
frente al azteca monarca,  
don Martín siempre orgulloso  
de su nombre y su prosapia.

Moctezuma, reverente  
le ciñe en la frente pálida  
y en las sienas de su esposa  
una luciente guirnalda.

Y al son de los instrumentos,  
y al redoblar de las cajas,  
unos murmuran y gritan,  
otros aplauden y cantan.

Mirando la ceremonia  
no faltó quien exclamara  
viendo en la diadema plumas:  
« ¡ Salud, marquesa emplumada! »

Los tlatoanes disfrazados  
entre las manos llevaban  
ramos de flores con coplas  
para darlos á las damas.

Las coplas eran galantes  
algunas, otras con gracia,  
y muchas sólo entendibles  
para los que ya esperaban  
el instante apetecido  
de poder alzarse en armas.

Al Marqués dieron un *súchil*  
conteniendo estas palabras :  
« No temas á la caída,  
que la subida es más alta ».

Don Martín invitó á todos  
cuando terminó esa farsa  
á concurrir al sarao  
que él preparó á Valderrama.

Sirvióse todo en la mesa  
conforme á la antigua usanza  
de los reyes mejicanos,  
desdeñando lo de España.

Eran de barro cocido  
platos, picheles y jarras  
fabricados en Cholula  
por alfareros de fama.

Y al vapor de los licores  
la gente se volvió franca  
y hablóse de la revuelta  
con agudezas y chanzas.

Levantados los manteles  
salióse la mojiganga  
alegrando á los vecinos  
por las calles y las plazas.

Y era de ver con qué arrojo  
unos y otros se tiraban  
bolas de barro rellenas  
de ceniza leve y blanca.

Unos resistían los tiros  
parándolos con la adarga,  
otros excitaban risas  
con sus trajes y sus caras.

Alguien hubo que mirase  
en aquello, prueba franca  
de que los encomenderos  
en torno al Marqués se alzaban.

Y así á don Martín lo dijo  
con sigilo Valderrama  
quien al peligroso aviso  
no quiso dar importancia.

El Marqués fingió alarmarse,  
puso á sus criados en armas  
y se aperció en defensa  
del que al rey representaba.

Mas no pasaron dos días  
sin que con Alonso de Ávila  
todos los conspiradores  
decididos se juntaran.

El plan allí concertado  
grandes hechos entrañaba :  
dar la muerte á los oidores  
y también á Valderrama,  
sorprendiéndolos un viernes  
al instante en que acordaban.

Después de haberlos matado,  
lo cual un hombre en la plaza  
á todos lo avisaría  
moviendo una roja capa,  
de catedral en la torre

darianse dos campanadas  
 á fin de que las partidas  
 que por la ciudad vagaran,  
 se reunieran prontamente  
 para dar muerte en su casa  
 á Francisco y Luis Velasco,  
 y asesinar sin tardanza  
 á oficiales y personas  
 adictas al rey de España.

Que ya muertos los oidores  
 los sacaran á la plaza  
 para que el pueblo los viera,  
 y allí mismo se quemaran  
 los papeles del archivo,  
 para no dejar en nada  
 nombre del rey de Castilla  
 ni lo que su nombre manda.

Concertaron así mismo  
 que estas cosas realizadas,  
 don Luis Cortés se pondría  
 con un escuadrón en marcha  
 con el fin de apoderarse  
 en Veracruz de la plaza,  
 adquirir San Juan de Ulúa  
 y la flota preparada  
 á llevar á la Peninsula  
 nueyas tan graves y amargas.  
 Que en tanto el marqués del Valle,  
 con su gente bien montada,  
 sin darse ningún reposo  
 Zacatecas ocupara.  
 La sujeción de la Puebla  
 á Reinoso se encargaba,  
 y otros sitios y provincias  
 á gentes leales y bravas.

Después el marqués del Valle

sería aclamado monarca  
 conduciéndolo al Palacio  
 entre numerosos guardias,  
 y que á los procuradores  
 de las villas y comarcas  
 se convocaran á Cortes  
 y que al nuevo rey juraran.

Iría á Roma Alonso Chico  
 para en la Cátedra Santa  
 demandar la investidura  
 del reino de Nueva España,  
 llegándose en el camino  
 cerca del trono de Francia  
 para dar al rey anuncio  
 en especial embajada.  
 Que al mismo tiempo un navío  
 á San Lúcar se mandara,  
 y fuera en él Espinosa,  
 para con misterio y maña  
 internarse hasta Sevilla,  
 y de tal ciudad sacara  
 del Marqués al primogénito  
 trayéndolo sin tardanza.

Haria el nuevo rey reparto  
 de las tierras y las aguas,  
 nombraría condes, marqueses,  
 y en su trono y en su casa  
 pondría una nobleza indígena  
 íntimamente ligada  
 á la nueva monarquía  
 de la tierra mejicana.

¡ Oh dulces sueños de gloria!  
 ¡ Oh hechiceras esperanzas!  
 ¡ Surgís como arteros duendes  
 en las horas más calladas

para adular el orgullo  
y para enfermar el alma!

Una corona y un trono;  
una voluntad sin tasa:  
ser un árbitro en la tierra  
por su padre conquistada,  
tierra que Dios hizo suya  
por la fortuna y las armas,  
y él, vasallo reverente,  
la regaló á su monarca;  
labrar el bien de los pueblos  
sin ninguna ayuda extraña,  
y así poderoso y libre  
alcanzar renombre y fama,  
iguales á las que un día  
dió á don Hernando su audacia;  
éstos eran los ensueños,  
las hermosas esperanzas  
del noble marqués del Valle,  
á quien nadie se igualaba  
en linaje y en orgullo  
en toda la Nueva España.

¡ Quién descubre los misterios  
de las conciencias humanas!  
Acaso en las ilusiones  
que el Marqués guardó en el alma  
surgió por la vez primera  
la Libertad de una raza.

Aquí se meció su cuna,  
aquí se pasó su infancia,  
aquí su padre halló nombre,  
riquezas, poder y fama.

Y del templo en cada piedra,  
del lago en las ondas mansas,  
y del árbol de Popotla,

en las oscilantes ramas,  
soñando en antiguas glorias  
tendió doquier la mirada  
y brotó de entre sus labios  
este augusto nombre: ¡ patria!

Todo lo encubre el misterio,  
todo muere y todo pasa,  
y la indiscreción y el miedo  
todo lo extinguen y matan.

Aunque el Marqués nunca dijo  
á nadie sus esperanzas,  
ni en las más secretas juntas  
se llegó á mezclar en nada,  
pues su influjo y su persona  
representó Alonso de Avila,  
se descubrió aquel secreto,  
porque el mundo nada calla;  
mas lo juzgaron los grandes  
niñerías y bravatas  
de gente moza y alegre,  
incapaz de toda práctica.

Y para más engañarlos  
salió el Marqués de mañana  
de un nuevo levantamiento  
á dar parte á Valderrama.

Avisóle que en Texcoco  
no bien se verificaran  
con ostentoso aparato  
en casa de Hortuño Ibarra  
las fiestas de tornaboda  
que se esperaban con ansia,  
de Cervantes y una hija  
de don Diego de Guevara,  
á pretexto de entregarse  
á jugar justas y cañas,

se alzarían con la tierra  
los que Alonso convidara.

Así apartó la justicia  
del secreto sus miradas ;  
y su misión concluida,  
el visitador fué á España  
sin oír, para quedarse  
de don Martín, las instancias.

Y entre inciertos comentarios,  
alusiones, frases vagas,  
indirectas y rumores  
en las esferas más bajas ;  
todos mostrábanse ajenos  
á lo que nadie ignoraba,  
hasta que tuvo la Audiencia  
una denuncia muy franca,  
que firmaron tres criollos,  
que al marqués del Valle odiaban.

Los hermanos Villanueva  
y Luis de Velasco, el ascua  
que siempre encendió rencores  
que de su padre heredara.

La Audiencia se tomó tiempo  
para meditar con calma,  
que era en el mando muy débil  
y cobarde ante amenazas.

El Marqués, irresoluto,  
juzgó la prudencia sabia,  
y quedó solo en la lucha  
Alonso González de Ávila.

La denuncia de los criollos  
á los tímidos espanta,  
y no faltaron traidores  
entre muchos de la trama.

Pedro Aguilar fué el primero  
que en una Semana Santa,  
contó á dos padres franciscos  
del Marqués las esperanzas.

Éste, al claustro de Santiago  
entró en la misma semana,  
acechando con sigilo  
cuanto en Méjico pasaba.

Allí lo vió Villanueva,  
y con medidas palabras  
se engañaron mutuamente  
y no convinieron nada.

Todo al parecer tenía  
esa quietud que no encanta  
á los expertos marinos  
que presienten la borrasca.

Hablábanse con ambajes  
los de posición más alta,  
y el pueblo, el humilde pueblo,  
sin levantar la mirada,  
como rebaño apacible,  
las órdenes acataba,  
acostumbrado á ver siempre  
sangriento el suelo de Anáhuac.

¿Quién predice lo futuro?  
¿quién penetra en el mañana?  
la ciudad, triste, muy triste,  
duerme al son de una campana,  
cuyos lúgubres tañidos  
parecen quejas del alma.

Es la que anuncia el tormento  
que los miembros despedaza  
de todo el que desconoce  
la majestad del monarca.

Es la que en obscuras torres,  
le dice á la tierra indiana :  
« Tan sólo existen dos seres  
que como dueños te mandan,  
Dios, que mora en las alturas  
y el rey Felipe, en España! »

Y nadie los labios mueve,  
y nadie enseña las armas,  
y sólo el misterio anuncia  
una tempestad cercana

¡ Ay de los que son traidores!  
¡ Ay de los que al trono infaman!  
¡ Ay de aquellos que provoquen  
la cólera del monarca!

## LOS REBELDES

(SEGUNDA PARTE)

Del Marqués en el Palacio  
suntuosos son los festejos  
solemnizando el bautizo  
de sus dos hijos gemelos.  
Ostentación de grandeza  
ante grandes y pequeños,  
fué construir un pasadizo  
desde su casa hasta el templo.  
Y para mayores pompas  
de ambos lados se pusieron  
los tablados con banderas  
y vistosos aderezos.  
Sirvieron como padrinos,  
por ser al Marqués adeptos,  
Luis de Castilla y su esposa,  
de lo más noble del reino.  
Á los vástagos dichosos  
entre paños condujeron,  
Pedro Luna y Carlos Zúñiga,  
seguidos de gran cortejo.  
El deán Chico de Molina,  
las aguas derramó en ellos  
al retronar de las salvas  
y entre los vivas del pueblo.  
Sobre un tablado espacioso  
lucieronse en gran torneo  
armados de punta en blanco  
unos doce caballeros.

Con valor y gallardía  
 todos á pie combatieron,  
 por su destreza y bravura  
 mil aplausos mereciendo.  
 á los criollos y á los indios  
 se dió un banquete opulento,  
 consagrando á los segundos  
 los más extraños recreos,  
 pues se improvisó en la plaza,  
 á usanza de antiguos tiempos,  
 un bosque en que se hospedasen  
 cazadores y flecheros,  
 quienes con destreza suma  
 como presa propia hicieron  
 así arrogantes venados,  
 como liebres y conejos.  
 Hubo, causando alboroto,  
 de sortija y cañas juego,  
 y en la noche, *encamisada*<sup>1</sup>  
 y *alcanciazos*<sup>2</sup> plebeyos,  
 y todo fué regocijo,  
 expansiones y contento.  
 Hubo instantes en que el vino  
 rompió diques y secretos,  
 y oyóse de muchos labios  
 graves y duros conceptos.  
 Todos sin temor á nadie  
 mostraban sus pensamientos  
 á don Martín proclamando,  
 entre grandes, el primero,  
 digno de ceñir corona,  
 capaz de fundar gobierno  
 y ser el solo monarca

<sup>1</sup> Llamábase *encamisada* una mojiganga en que iban las gentes á caballo con hachas encendidas en las manos.

<sup>2</sup> *Alcanciazos* son hoy los cascarrones que rompen en las cabezas las gentes bulliciosas en los juegos de Carnestolendas.

de Nueva España en el reino.  
 Y como en aquellos días  
 recibió Ferrer don Diego  
 una carta en que anunciaban  
 que no consintió el Consejo  
 de las Indias, que se hicieran  
 repartimientos perpetuos,  
 encendiéronse las iras  
 de antiguos encomenderos,  
 y éstos y sus partidarios,  
 con el vino hallando aliento,  
 cuanto no debe decirse  
 en esa noche dijeron.  
 La Audiencia en tanto callaba,  
 y por tolerancia y miedo  
 los indecisos oidores  
 miraron todo en silencio;  
 al fin, terribles noticias  
 tener de España fingieron  
 de don Martín despertando  
 la curiosidad y el celo,  
 y con ascuas tan ardientes  
 sintiendo atizar su pecho,  
 se fué el Marqués á Palacio  
 á sorprender el secreto.  
 Juntos halló á los oidores;  
 entró á donde estaban éstos,  
 y valido de su rango,  
 para oírlos tomó asiento.  
 « Mandad lo que deba hacerse »,  
 dijo un oidor con respeto,  
 al presidente que estaba  
 mirando al Marqués con ceño.  
 Y al oír estas palabras,  
 con gravedad dijo Ceinos:  
 « Señor y marqués del Valle,  
 en nombre del rey, sed preso ».